

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañel y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.



La celebridad.

Estaba yo dias pasados cercado de libroles y papeles y entregado á mis cotidianas tareas, cuando entró mi *maritornes* anunciando la visita de un caballero. Era el tal, un prógimo alto, seco, de color cetrino, de afectada gravedad, de maneras entre merced y señoría y traje de justo-medio. Me hizo desde la puerta una cortesía bastante *zurda* y se dirigió á mí alargándome su mano. Le salí al encuentro con la mía, un tanto embarazado por aquella muestra de franqueza, y supliqué á mi visitador que tomase asiento. Así lo hizo; y despues de arrellanarse, toser y arreglarse el arrugado cuello de la camisa, principió su arenga en estos términos.

—Pocos dias hace que ví mi nombre y apellido en el periódico que V. dirige; pues creo que tengo el honor de hablar con don *Martinico Ventosa* (a) *El Duende*.

Le espeté por toda contestacion un respetuoso saludo.

—Yo soy don Agapito Vientreseco, servidor de V.

Otro saludo; pero esta vez fué á duo.

—Acudí á cierto baile, y V. habló de mi; pero esto no es ahora del caso. Yo soy hombre de letras; donde veo un periódico, dijo, «aquí me zampo;» y deseoso de verme impreso á todas horas, vengo á ofrecerme á V. para dar celebridad á *El Duende*, quedándome con alguna parte, que no está de más la celebridad en estos tiempos que corremos.

—Segun eso, señor mio, le dije, V. es periodista?

—Ese es mi fuerte. Mire V., yo nací en mi pueblo, hijo de mis padres y nuestra fortuna era la que Dios nos dió. ¿Entiende V?

—Perfectamente; voy quedando enterado. Adelante.

—Dije una buena mañana. «Este villorrio es hospedaje estrecho para mí: mi madre me ha parido para que figure;» y, como el hijo pródigo abandoné la casa paterna, y busqué en el espacio el suficiente para tender mis alas, desplegar mi genio y conquistar una celebridad que creo asegurada.

—¿Qué me cuenta V?

—Lo que está V. oyendo, don *Martinico*.

—Con que la celebridad tan fácilmente se adquiere?

—No hay mas que querer adquirirla. Ya sabe V. que *poder es querer*.

—Así dicen. Sin embargo, yo quiero muchas cosas que no logro alzar.

—Eso consiste en la mayor ó menor torpeza del individuo.

—Gracias.

—Yo soy así, franco; y digo la verdad al lucero del alba; sin rodeos.

Pues, señor, yo he resuelto hacerme célebre y lo conseguiré.

—Veamos.

—Yo escribo con suma facilidad, y con no poco grajejo. Principiaré una série de artículos, diciendo, que V. es el literato de Aragon, que es V. el encanto y la delicia de este pais; que al lado de V., Juvenal y Larra fueron para la sátira dos niños de teta. Que tiene V. mucho partido, muchísimo; y diré hasta que es V. hermoso. ¿Qué importa una mentira mas ó menos? Por supuesto, que mis articulos irán firmados con mi nombre y apellido; y cáte V. cómo principio á darme á conocer. Es muy probable que V. tenga enemigos. ¿Quién está libre de ellos? Pues bien, yo empuñaré la péñola y diré de sus personas cuanto malo me ocurra. Si tienen algun trapicheo lo di-

vulgo; si tienen algun ojo torcido, les llamaré vizcos; si tienen callos les llamaré cojos, y seré todo lo descarado, todo lo insolente que pueda. Aquí el que mas grita tiene mas razon; que así como Dios enaltece á los humildes, los hombres aplauden á los sobervios, y me tendrán por mata-siete y me considerarán, y me concederán, de fijo, un lugar distinguido. ¿Qué le parece á V?

—Hasta ahora no va mal.

—Pues aguarde V. Eh, ya soy conocido, ya he elogiado á V.: despues es preciso que yo tambien sea elogiado.

—¿Y soy yo quien he de....

—Usted ú otro; me es igual: y tampoco hay inconveniente en que yo mismo me elogie.

—¡Cálle....!

—Yo tengo varios amigos: elijo para mi negocio al mas negado: sino sabe escribir, no importa; con tal de que firme y calle es bastante. Principio otra serie de artículos uniendo mi nombre al de V. diciendo que V. y yo somos dos....

—Esa es una verdad de Pero-grullo.

—Somos dos hombres grandes: que yo sé casi tanto como V.; que somos ambos los astros refulgentes, ante cuyos rutilantes rayos... ¿Qué le parece á V?

—Admirable.

—Cuando digo á V. que soy inteligente en la materia....

—Pero todo oficio tiene sus quiebras y este puede tambien tenerlas.

—¿Y qué importa?

—Supongamos que alguna persona insultada nos pide satisfaccion....

—Nos batimos....

—Que nos rompe la cabeza ó una pata....

—Nos dá celebridad.

—El código está matante, y una injuria, una calumnia....

—Dámos que hablar y todo es celebridad.

—Pero las gentes sensatas....

—Están en una considerable minoría. Las gentes sensatas reprueban, pero callan. Son prudentes y dicen, «ni mio el pajar, ni mia la era....» al paso que los necios son innumerables, y aplauden generalmente lo malo y alborotan y son, créame V. don Martinico, los que dán celebridad.

—Tambien el tiempo viene á desenmascarar las celebridades y á desengañar á los engañados...

—¿Y qué importa? El *puf* hizo su efecto: y respecto de la opinion, el acontecimiento de hoy borra el de ayer, como el de mañana hará olvidar el de hoy. El mundo está por las novedades, démoselas, pues, verdaderas ó falsas, y aunque nos tenga por farsantes, al fin nos tendrá por algo. Hay de aquellos que no se les tiene en nada y que vejetan en un rincon relegados al olvido.

¿Con qué acepta V. mi alianza, si ó no?

—Señor don Agapito Vientreseco, no la acepto. Qui-

zá tenga V. razon; quizá V. haya comprendido....

—La aguja de marear? Ya lo veo; y tanto como la comprendo, y siento que rechace V. mi oferta, El daño es para V. que no para mí. No encontrará V. fácilmente colaboradores como yo, al paso que me es muy fácil encontrar periódicos mejores que el de V. En fin, señor *Duende*; repetiré lo que antes de ahora personas competentísimas le han vaticinado. Si sigue V. su marcha por la torcida senda que ha emprendido no será envidiable el nombre y reputacion que deje en los anales periodísticos de Zaragoza.

—Esas mismas personas competentísimas me elogiaban poco hace, y hasta me dispensaban el honor de copiar mis humildes escritos. Qué quiere V., son cosas de mundo....

—Señor *Martinico*; si cambia V. de resolucion espero me avise: me intereso por V. y acudiré á su llamamiento.

—Creo que no cambiaré.

—Entonces, adios, Señor *Duende*.

—Adios, señor Vientreseco.

—

El mas diestro guitarrista.

I.

La escena pasa en la calle de...

Una guitarra..... Ton, pin tan, ton pin tan toooooooooon

El de la guitarra. (Cantando.) Te quiero, niña divina;
y tanto y tanto es mi amor,
que he de tomar estricnina,
si de ese pecho la mina
no das á tu trovador.

La guitarra. Pin pan poooon.

El de la guit.^a (Cantando.) Tu troooooooooovador.

La guitarra. Pirripin, pon, pon, pon, poooon.

Abrese un balcon y aparece en él una sombra que puede ser la de una mujer si ustedes quieren.

La del balcon. Psit... psit... cuidado, Eliotropo, no metas tanto ruido, que mamá está despierta todavía.

El de la guit.^a Esa horrible mujer tan desvelada
¿qué hace á estas horas, dime?

La del balcon. La colada.

Ya sabes que hoy es sábado, y mañana es cosa de que una se luzca en el paseo; por eso mamá está ocupada en limpiar las naguas.

El de la guit.^a ¿Qué afán de lucir tan viento en popa!

¿No te basta mi amor?

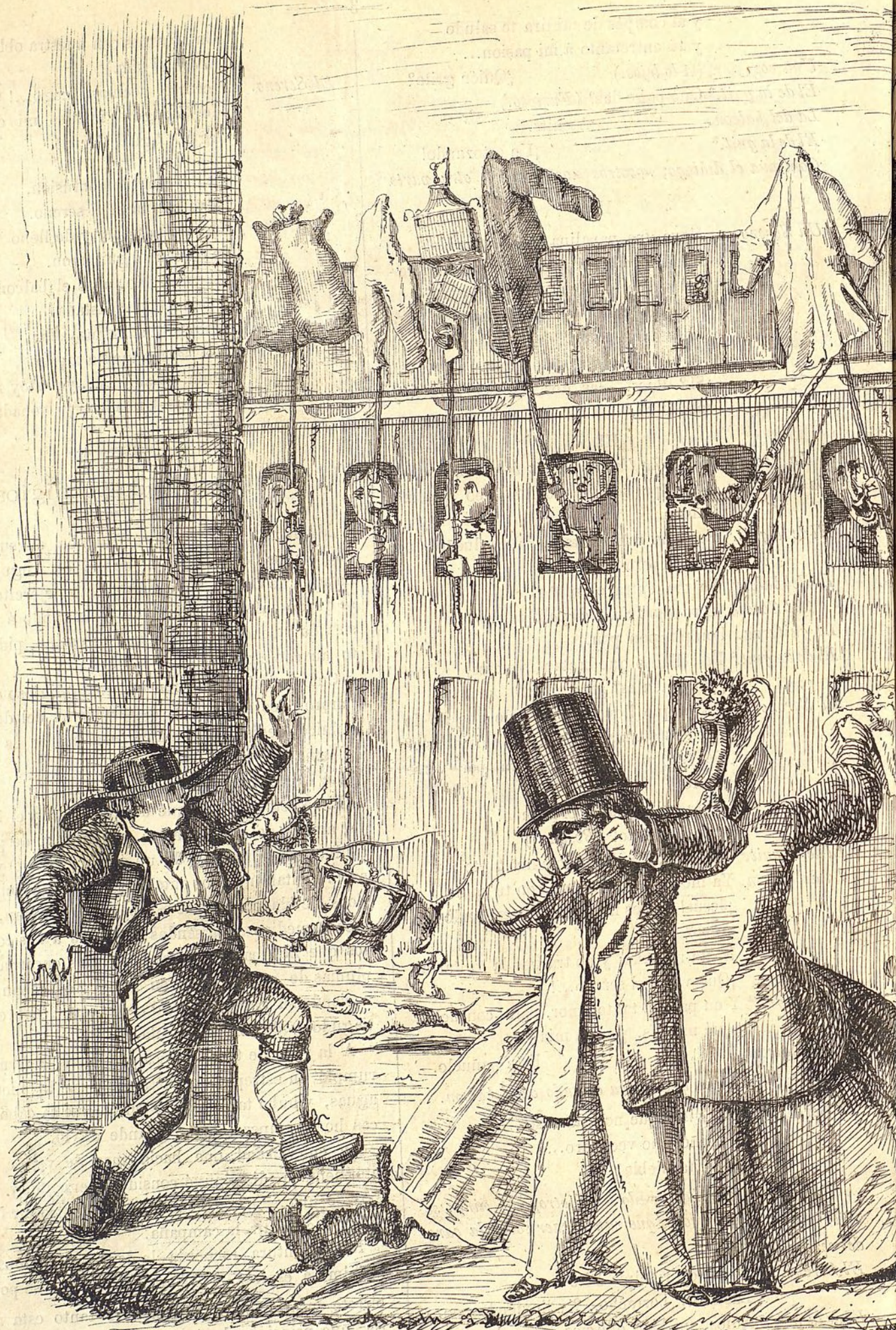
La del balcon.

¿Pero y la ropa?

¡Oh! ¿Crees tú que puede prescindir de ser persona decente? Pues mira, yo no veo las cosas como tú, y el que tiene pocos cuartos...

El de la guit.^a Calla, mujer, que tu charlar me irrita.

Muerto de amor á tu ventana acudo,



—Quién compra una casaca!
—Vendo una chupa!

—Quien me compra un sombrero
con ricas plumas.



...
Hoy es gran día!

—Vamos por los calzones
y la camisa.

(Jugar con fuego. Acto tercero.)

Hablan los pájaros.

Una cotorra á un lorito
en tiempos atrás decia,
¿qué te sucede en el día
que estás mustio y calladito?
Te cuidan mal?—

Tán, tan, tán...

Contestó el loro amoscado,
que ni quiero ser casado.
ni dar la pata, ni *rrrrrian*.—
Grave debe ser tu queja
cuando parlas en francés.—
¡Siendo del Perú! Ya ves
cómo estará mi molleja.—
Y ¿qué causa esa modorra?—
¿Prometes guardar secreto?—
Si es preciso, lo prometo.—
¿Juras, hermana cotorra,
por lo claro y por lo obscuro,
por el oste, y por el moste,
ser callada como un poste,
aun que te desplumen?—

Juro.

Bien; prestado ya por *tú*
ante la cruz y el puñal,
y demás ceremonial
que usamos los de Perú,
el juramento terrible
de...—

¡Ay, Dios, no lo repitas!!—

Pues escucha de mis cuitas
el dolor inmarcesible.
Loro, como ves, nació:
mas de pico tan fraterno,
que puedo en un caso interno
engullirme á ti, y á mí.—
¡Jesús, que barbaridad!—
En las provincias de Angola
donde se habla por la cola,
eso se llama igualdad.
Santa igualdad que yo acato
con la fé y fervor de ene...
Permíteme que me suene,
y mira si escucha el gato.
Prosigue si te acomoda,
tu relacion con cachaza
que el minino está de caza,
diversion hoy muy de moda.—
Decia que cada vez
que pienso que no soy pavo,
con furia el pico me clavo,
y sudo alquitran y pez.
¿Por qué, voto á veinte moros,
salto en mi pasion perversa,
no se ha de armar una gresca
que cambie en pavos los loros?

Yo, predicador febril,
pájaro revolucionario,
que puedo, si es necesario,
servir de funda á un pernil;
que de ciencias un talego
sé mas que Newton, que Yagüe,
que soy, vaya otro desagüe,
el inventor del espliego,
¿por qué pavo no he de ser
gustándome tanto el pavo?—
Tu necia pregunta alabo;
porque eres loro.—

Mujer,

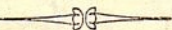
esa razon, no es razon.
Los principios inconcusos...
Dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcon.—
¡Silencio, neo-cotorra!
Deja en paz al que murió.—
Lázaro resucitó.—
¿Tienes ganas de camorra?—
Oye, loro; si pretendes
con tu necia algarabía
descañonar á pavía,
confiésalo así...—

Me ofendes

con tus pensamientos malos...
todo, ó nada; este es mi fuerte.
Quiero ser pavo, ó la muerte.—
¡Vaya, vaya!—

Pavo, ó palos.—

Un sobervio puntapié,
que el amo largó á la jaula
cansado de oir al maula
Charlar sin qué ni por qué,
puso al diálogo fin,
con un chichon monstruoso,
que hizo al pájaro ambicioso
cantar el credo en latin.
La cotorra que vió al cabo
en qué la ambicion paraba,
á todo el que se quejaba
desde entonces preguntaba,
«¿tambien quieres ser tu pavo?»



Fábula.

El mirlo.

Bajo un tejado doña golondrina
Con gran destreza construyó su nido,
Y cerca de él posada en un madero,
Cantaba alegre en el ardiente estío.
Casualmente en la casa los muchachos
Enjaulado tenían cierto mirlo,
Que, puesto en el balcon, embelesado

Tenia al vecindario con sus silbos.
 La libre golondrina cierto día
 Con gran descaro desplegó su pico,
 Y en un tono insolente de este modo
 A burlarse empezó de su vecino.
 —Prestad silencio, bachilleras aves:
 ¿No oís como se luce nuestro amigo?
 ¡Qué sonora es su voz, qué penetrante!
 Qué ejecución! ¡Qué gusto! Pobrecito...
 Encarcelado canta. ¡Qué sería
 Si pudiendo volar al bosque umbrío,
 La cariñosa zarza le albergase!
 Felizmente carece de sentido,
 Pues de otro modo el preso debería
 Haber muerto mil veces de fastidio.
 ¡Cuan diferente, amigas, con nosotros
 Ejerce su poder sabio el destino!
 Libres por todas partes paseamos,
 Ora en busca del tímido mosquito
 Y la mosca sabrosa: ora cogiendo
 El arcilla en las márgenes del río
 Para hacer nuestra casa: ora mezclando
 Al céfiro agradable nuestros trinos,
 Somos nosotras las que, de alto puesto,
 En medio del placer y regocijo
 Miramos con desden al que la suerte
 Puso en mas infeliz; mas bajo sitio.
 La suerte nos protege, compañeras;
 Mal que le pese al enjaulado mirlo.
 Vaya, vecinas, hasta el nuevo día,
 Que me voy á dormir. —Y entró en su asilo.
 Mas ¡qué fatalidad! Todo este insulto
 Por el dueño del pájaro fué oído,
 Quien, para castigar tanta arrogancia;
 Se arma de un palo, sube al cuarto piso,
 Se asoma á una ventana, y despidiendo
 Un garrotazo con hercúleo brío
 El nido hizo pedazos. ¡Qué desgracia!
 No fué esta sola, pues al patio vino
 Entre las ruinas, del tremendo golpe,
 La que poco antes insultaba al mirlo;
 Y en menos de un instante se vió presa
 Por mi gastrono-miau, gato ladino.
 Qué clamores! ¡Qué ayes! ¡Qué lamentos!
 Desciende el amo; abre decidido
 La jaula, y libertad da al prisionero.
 Entonces el cantor abrió su pico,
 Y con un tono grave y reposado
 Aquesta corta arenga ufano dijo.
 —No confie en la suerte el que se vea
 En la prosperidad, ni al desvalido
 En vez de compasion, tenga desprecio;
 Que si hoy se vé elevado, algun descuido,
 Algun pequeño azar, un garrotazo
 Mañana le sumerge en el abismo.
 La suerte es una rueda, dió la vuelta,
 Y vuela en libertad dichoso el mirlo.

Fotografías á vista de pájaro.

Continuacion de la segunda vista.

Os tengo impacientes desde el domingo. O cuando menos así lo supongo yo, aunque no lo esteis. De alguna manera he de empezar, y digo eso como pudiera decir cualquier otra cosa.

Sin embargo; media una deuda y aunque es moda ser *inglés*, yo estoy por satisfacer siempre lo que cuesta poco de pagar.

Cuando dirigí el anteojo hácia el sitio donde aquellos señores miraban, me horroricé. Ví al *Duende* por una senda torcida y escabrosa; tan pronto aparecia, como volvía á desaparecer. Dos pasos mas allá habia un precipicio. *El Duende* continuaba adelante. Llegó al borde sin hacer caso de los gritos que daban aquellos *caballeros* para que variase de direccion. Un paso mas y estaba perdido. No vaciló en su camino, se adelantó... Una inmensa nube nos le ocultó.

Poco rato despues le divisamos en la *cresta* de un monte lejano, haciendo cabriolas y gestos, como burlándose de los que tanto nos habiamos alarmado por el riesgo á que le suponiamos espuesto.

—Señora, dige á doña Verdad: ¿Ve V. aquel telon ó vela de un buque ó lo que sea, en que hay un letrero con letras muy gordas? ¿Será algun bando de policía urbana?

—Vaya una ocurrencia. Es una esquela de defuncion.

—Léela.



EL DUENDE.

(segun diagnóstico del doctor Cascarrabias)

va á fallecer.

Neptuno, la Torre-nueva, el Puente de piedra, la Puerta de Santa Engracia, todos los proyectos en embrion, perros, aguadores, parientes, amigos y ejecutores testamentarios, suplican á V. se sirva rogar por la aparicion de un *hijo suyo* y asistir al funeral del *papá*, que se celebrará el día que oportunamente se avise, en el templo que se construya en el via-ducto del *gran proyecto*.

El duelo se despide en la fábrica del gas.

Nota. Su agonía empezará en la fonda del Universo y terminará en el café Suizo, donde tendrá el sentimiento de despedirse de sus amigos.

Se advierte, por si hay quien desée hacerle algun encargo para el otro mundo, que no se detendrá en el camino.

Seguidillas.

Para curar dolores
hay medicinas,
para curar mujeres
hay seguidillas.

Allá van estas
que fabrico en mi casa
malas ó buenas.

La mujer es un gorro
de porcelana,
se lo ponen ustedes
y adios casaca!

Si se lo quitan
á lo mejor se rompe
contra una esquina.

Una niña de quince
me preguntaba
tengo sed; ¿y qué hago?
—beba usted agua.

—¡Buenas razones!
si la sed que yo tengo
es sed de amores!

Una señora vieja
me dijo un día
¿por qué matan los perros
con estrignina?

—Están rabiosos,
le dije; y ella esclama:
¡ay pobre esposo!

No hay mujer en el mundo
que no presuma
de ser sin ser hermosa
una hermosura:
Y las mas feas

gritan á voz en cuello
—Buena me espera!

Un pollo enamorado
dijo á su amante:
yo por tí dejaría
Tetuan y Tanger.

Y ella al momento
dice; ¿eres empleado
en el gobierno? (1)

Casadas y doncellas,
viudas y monjas,
todas son... pues, mugeres
mugeres todas.

(1) Se llama *El Gobierno* en Zaragoza á las oficinas de la Diputación provincial.

¡¡Pobres mugeres!!

Señoras, buenos días
tengan ustedes.

Cuentos de «El Duende.»

Mi amigo el doctor R. esperaba que de un momento á otro le llamasen para asistir al parto de una drogüera, vecina y parroquiana suya, madre ya de dos robustos niños.

Llega la noche; y el carnicero, cuya carnicería está inmediata á la casa del drogüero, casado como este, y cuya esposa se hallaba tambien en estado interesante, fué á llamar á la puerta del doctor. Un año escaso hacia que se habia casado.

Preocupado el doctor con la idea de que era la llamado para casa del drogüero, y medio dormido aun, dijo al carnicero:

—¿Qué tal, sufre mucho?

—Muchísimo, señor.

—Diablo! Mucho sufrió y me hizo sufrir en su primer parto. ¿Pues y en el segundo? No digo nada. Temo que nos suceda lo mismo en el tercero.

Júzguese de la estupefaccion del pobre carnicero, casado, como llevo dicho, apenas hacia un año.

—¡Ah! ¡La infame..... la pérvida! Esclamó; voy á abrirla en canal como á un carnero.

Y se dirigió furioso hácia su casa.

—¿Adónde va V? le gritó el facultativo: pierde V. la cabeza y llama en la carnicería, La drogüería está allá.

—Voy á mi casa. Dijo el buen hombre, que principiaba á comprender el quid pro quo.

—Acabára V., vecino.

—No hubiera principiado V. señor doctor; contestó el carnicero. ¿Con qué no es ella? ¿Con qué no soy yo...

—Ni por pienso. Es que habia yo tomado el rábano por las hojas.

En uno de tantos diluvios de cruces como suele haber en esta dichosa patria del Cid, para honra y gloria de ambiciosos y farsantes, cayó una de aquellas—por casualidad—sobre un honrado y pacífico ciudadano, que así pensaba él en las cruces, como en la marimorena que las producía.

Al recibir la noticia de la gracia con que se le distinguía, el concienzudo *caballero* se encerró en su cuarto: y allí, lleno de fervor y arrodillado delante de un crucifijo, exclamó:

—Señor y Dios mio; Vos sabeis que ni Vos ni yo hemos merecido la cruz. Perdonadles Señor, que no saben lo que se hacen.

Este al menos lo conocia y lo confesaba. ¡Cuántos hay que..... etc.